

Conquistas que matan: Imposición racial en Puerto Rico

María I. Reinat Pumarejo
Puerto Rico

Resumen

Se analiza el proceso de formación racial del puertorriqueño y la función de imposición cultural que han tenido los imperios español y norteamericano. Se desenmascara el Censo 2000 en Puerto Rico como una forma de extender el proceso de ingeniería racial de los Estados Unidos.

Palabras claves: dominación colonial, descolonización, sublevación, cultura indígena, cultura africana, raza, nación, etnia.

Nadie sabe más sobre el proceso de Conquista de Las Américas que las cacicas borinqueñas doña Inés, Luisa, Guayervas, María, Yaboneyto, Catalina, Yayo e Isabel quienes tuvieron todas el dudoso privilegio de figurar entre las primeras antillanas conquistadas por el español. Todas pasaron a ser fichas políticas para el español que llegó a la Isla con ansias de poder; algunas de ellas incluso unidas en matrimonio con españoles quienes veían en el vínculo una manera de tener acceso fácil a la fuerza laboral que estaba a su disposición por ser dignatarias y jefes militares de sus respectivas regiones (Sued-Badillo, 1989). Descartada la acepción romántica, el término “conquista” pasó a connotar imposición, control, desplazamiento, exclusión y genocidio para los indígenas y sus descendientes.

Desde los albores del proceso colonizador se observa como el español, y en efecto el europeo que embistió a nuestro hemisferio con su ambición, impuso su cultura como superior a los indígenas que habitaban nuestra América y a los africanos raptados del África. El concepto de “matrimonio por conveniencia” fue una entre muchas formas de imposición cultural. Se impuso la religión, el lenguaje, las tradiciones, el arte, la música y la filosofía del europeo, entre otras. Esto unido a la prohibición de toda práctica cultural indígena o africana que alimentara el ánimo de sublevación hacía la combinación perfecta para mantener control del suelo, de sus productos y de la fuerza laboral necesaria para explotarlos. En muchos lugares de nuestra América por ejemplo, se prohibieron los tambores, los ritos, cánticos y ceremonias religiosas, al

considerárseles poderosos agentes culturales de resistencia. Nada amenazaba más al conquistador que la idea de sublevación de nuestros ancestros negros. El tocar el tambor, más allá de la recreación supervisada, se intuía como peligroso. Seguramente, el sacar los caracoles para escuchar el designio divino resultaba aterrador para el amo pues súper imponía a su autoridad y fuerza bruta, una autoridad divina y compasiva que inmunizaba y protegía al espíritu. El prohibir y estigmatizar el tambor y el caracol resultó imprescindible para aislar al africano y a sus descendientes de cualquier fuente de comunicación, fuera humana o divina. De ahí que los rituales africanos se hayan practicado clandestinamente debajo de las cancanes de los santos católicos, emergiendo el sincretismo que dio pie a la santería, el vudú, y el candomblé, todas variantes de la tradición yoruba y su correspondiente teología. Los Cabildos Negros o Cabildos de Nación en Cuba ofrecen uno de los mejores ejemplos de resistencia cultural al mantener casi intactas las prácticas religiosas africanas y sus estructuras (Bolívar, 1995). Eventualmente en el Caribe se aprecia como la música, el baile, la religión y otros distintivos africanos conquistaron las caderas del amo y sus descendientes, e incidieron sólidamente en el quehacer social. Para suerte nuestra, nuestros ancestros negros redefinieron creativamente el cristianismo y muchas otras imposiciones con tal de humanizar su existencia y mantener la conexión ancestral necesaria para hilarnos al futuro.

En el esquema de dominación colonial, la cultura se percibe como el cordón alimentario que potencialmente podría nutrir las ansias de liberación. Desnutrir culturalmente a nuestros ancestros y convencerlos de que la cultura del opresor era alimento superior fue entonces imprescindible para lograr sus objetivos. Más aún, imponer la dicotomía *superior-inferior* como natural y forzar a los dominados de ese tiempo a aceptar un lugar de inferioridad fue esencial para perpetuar y maximizar la dominación de Las Américas. Esta dicotomía y el concepto de jerarquías fueron los fundamentos de la teoría racial que formalizaba el recién nacido campo de la antropología física para justificar, muy a conveniencia del europeo, la deshumanizante conquista y el emergente capitalismo. Instrumental al sistema esclavista fueron los padres de la antropología física George Louis Leclerc Buffon y Johan Friedrick Blumenbach quienes expusieron sus ideas y opiniones en la segunda mitad del siglo XVIII. Leclerc por ejemplo, decía que “la raza blanca era la norma, a lo que debemos aspirar, el color real y natural del hombre” y añadía que “algunos viajeros habían encontrado tribus tan primitivas en África que no podían contar pasado el número tres. Y aceptaba que los negros tenían *poco ingenio*. Y añade que los desafortunados negros poseían excelentes corazones y poseían la semilla de todas las virtudes humanas.” (Gossett, 1997, p. 36). Blumenbach por su parte reconocía que las llamadas “variedades” del ser humano eran arbitrarias, sin embargo enfatizaba que “sería de servicio a la

memoria el construir ciertas clases para dividir al hombre de nuestro planeta” (Montagu, 1997, p. 63). La antropología posicionó a la persona blanca al tope de la escala racial y a nuestros ancestros negros en la posición más alejada a base del prejuicio de estas “autoridades”. No sólo el europeo se autodenominó como superior sino que legisló que sus instituciones y su cultura fuesen las más ilustradas; la medida de excelencia y normalidad. El pensamiento europeo, su historia, su sentido de lógica, su forma de resolver problemas, su forma de aprender, su sentido de tiempo, sus categorizaciones y ordenamiento de disciplinas, su definición de intelectualidad, sus jerarquías, su sentido de orden, sus prioridades, su sentido de progreso y toda expresión cultural proveniente de ellos también se posicionaron como superiores, creando un mundo para su beneficio y conveniencia que garantizara su dominio a perpetuidad.

Según se infiere por la muy respetada estudiosa del pensamiento africano Marimba Ani (1994) en su crítica afro-centrista al pensamiento cultural y conducta europea, la cultura va más allá de aquellos aspectos obvios como son la vestimenta y los artefactos de un grupo. Especifica que la cultura funge como un importante ordenador de la experiencia humana, le da a los grupos un sentido de identificación cultural colectiva, le da sentido de dirección a un grupo, crea parámetros y pone límites culturales al cambio, y finalmente, impacta el potencial político de un grupo.

Estas funciones según las describe Ani condicionan la habilidad de supervivencia colectiva y autodeterminación a la preservación de la cultura del grupo oprimido y al mantenimiento de un cierto orden natural. Suprimida la cultura de un grupo dominado, se pierde el sentido de dirección y queda el grupo vulnerable al sentido de dirección prescrito por el grupo dominante. En conclusión, un pueblo conquistado culturalmente jamás podrá librarse del yugo opresor. Todo lo que haga para su beneficio partiendo de la visión de mundo del grupo dominante beneficiará al amo. Bien lo dijo la madre y poetiza lesbica Audre Lourde: *la casa del amo jamás podrá desmantelarse utilizando las herramientas del amo* (Lourde, 1984, p. 112).

En Puerto Rico, un país con 512 años de experiencia colonial, y afortunadamente de resistencia, es imperioso analizar como la imposición cultural afecta el proceso de autodeterminación. Nuestro conquistador moderno, los Estados Unidos, requiere como prueba de amor que asimilemos en nuestra psiquis su visión de mundo, que nos blanqueemos y que hablemos inglés. Nuestra forma de vida se trastoca diariamente según le convenga a su comercio y al gobierno estadounidense. Nuestras aguas, nuestras tierras, nuestro gobierno y voluntad como pueblo se tuercen en aras de un sentido de progreso que siembra cemento y destruye futuros. Lo que comemos, lo que escuchamos, nuestro sentido de familia, como resolvemos nuestros dilemas, nuestra forma de

discurrir e incluso nuestras luchas de liberación son infiltradas por la cultura dominante estadounidense. Pretendemos transformarnos y evolucionar utilizando estructuras que están viciadas para nosotros. Importamos de los Estados Unidos sus formas de organización, su política pública, sus modelos de intervención y bienestar social, su sentido de tiempo, e incluso sus prioridades. Tristemente, la fragmentación y el individualismo cunden en la mayoría de los grupos “organizados” del país al no ser nuestros mejores valores los que informan el conflicto o la solución de este. Las estructuras estadounidenses, reflejo de la cultura blanca dominante, más que orden, producen fragmentación e impotencia. Vivimos en eterna disonancia cultural al aceptar costumbres y valores que chocan con nuestra cultura caribeña y que erosionan nuestra capacidad para auto-dirigirnos y eventualmente determinarnos políticamente. Y sin embargo, el proceso de ajuste al cautiverio colonial nos permite manejar las disonancias culturales aún cuando nuestro colectivo se erosione y fragmente.

En un artículo titulado *¿Hacia dónde vamos?* publicado en El Nuevo Día el 17 de marzo de 1998, Héctor Luis Acevedo da en el clavo sobre la función cultural en el proceso de dominación colonial-racial al explicar las posibles razones por las cuales el Proyecto Young perdió el respaldo republicano en Washington. Sintetiza el pensamiento racial estadounidense al citar a Newt Gingrich, el entonces presidente de la Cámara de Representantes, y recordemos que, en

aquellos días Gingrich era el principal apologista del *English Only Movement* y anticipaba peligro para los Estados Unidos de incorporar a la nación a un pueblo tan resistente al idioma inglés. Veamos:

Los problemas personales causados por el bilingüismo son ensombrecidos por el reto finalísimo que le presenta a la sociedad americana. América puede absorber una cantidad sorprendente de personas de una maravillosa diversidad de trasfondos si nuestra meta es la asimilación. Si a la gente se le estimula a resistir la asimilación, la fibra esencial de la sociedad americana eventualmente se desmantelará.

Cada generación tiene dos oleadas de inmigrantes. Una es geográfica —le llamamos a esta “inmigrantes”. La otra es temporal —le llamamos a esta “hijos”. Una civilización tiene solo una generación de profundidad y esta se puede perder en poco tiempo. El insistir en que cada nueva generación sea asimilada es esencial para nuestra supervivencia.

La única alternativa viable para los marginados es la civilización americana.

Sin el inglés como un lenguaje común, no hay tal civilización.

Gingrich no habla sobre raza directamente en esta cita obviamente (eso hubiera sido oneroso en aquel momento), pero personas como él entienden que la cultura estadounidense es superior a todas, y que todos y todas,

por nuestro propio bien, deberíamos asimilarnos. Dándole licencia a la ironía que no puedo refrenar después de revivir las palabras de Newt, la prédica de este portavoz racial sugiere que dejar de hablar español, y dejar nuestra cultura caribeña atrás en nuestro incivilizado pasado, es un sacrificio razonable cuando se nos extienden las maravillosas virtudes de la muy superior cultura blanca estadounidense. Anticipan los arquitectos raciales, sin embargo, que de realizarse el sueño de equidad y justicia, donde cada cultura se sumaría como igual, el control que tan espléndidamente han ejercido sobre nuestra América se disiparía.

El tema de la imposición cultural en los Estados Unidos, aún reconociendo diferencias entre *amo español* y *amo inglés*, sigue el mismo patrón que el resto de América Latina. La dominación y subordinación de aspectos culturales indígenas, africanos, asiáticos y latinos fue requisito para la dominación del territorio estadounidense. No fue sino hasta los setenta que los nativos americanos pudieron expresar libremente su espiritualidad. Los nativos-americanos también pasaron por un período de exterminación, expulsión, exclusión y asimilación. Al igual que en el Caribe, los africanos y sus descendientes fueron separados de aspectos culturales importante en la supervivencia. Pasaron éstos por un proceso sistemático de sujeción física y cultural que los llevó a re-definir y re-crear, con los recursos que tenían a la mano, su cultura ancestral. En Nueva Orleans se conserva aún el llamado Congo Square,

lugar asignado para que los africanos tocaran los tambores un día a la semana, por lo general los domingos. El resto del tiempo estaba prohibido al reconocérsele como promotor de sublevación.

En cuanto a los grupos étnicos europeos, cada vez que uno de ellos era incorporado al colectivo blanco, éste tenía que hacer el máximo sacrificio de dejar la cultura de sus ancestros atrás y asimilar la cultura dominante —que podía o no parecerse a la cultura de su país de origen. Tres de los últimos grupos que han pasado por este proceso de incorporación y aceptación al colectivo blanco han sido los judíos, los irlandeses y los italianos (Brodkin, 1996; Guglielmo, 2003; Hayden, 2001; Ignatiev 1995). Esto pone claro que en los Estados Unidos no todos los llamados blancos han sido blancos a la misma vez y que el término es un tanto fluido y voluble para grupos étnicos europeos. El término “blanco” no es necesariamente un descriptor de piel, sino un término político funcional al esquema de dominación racial de los Estados Unidos, donde los llamados blancos, como grupo, retienen el poder y siguen posicionados al tope de la jerarquía racial (Higinbotham, 1978). El término es voluble y contextual a distintos esquemas raciales. No es lo mismo ser blanco en Puerto Rico, que ser blanco en los Estados Unidos o, para mencionar otro esquema racial, en África del Sur. Muy bien podría un puertorriqueño llamarse blanco en Puerto Rico y jamás ser admitido como blanco en los Estados Unidos o en África del Sur.

Ajustando este patrón racial a los retos de los nuevos tiempos, y haciéndolo más relevante aún a nuestra realidad, vemos como desde finales de los 70s y ya en plena década de los 80s los demógrafos alertaban al pueblo estadounidense de que los Latinos serían para el 2010 el grupo minoritario mayor, y todavía más, que los blancos serían minoría para el año 2050. En el censo del 2000 cuidadosamente se le extendió a los Latinos la oferta de entrar al colectivo blanco y un 47.9% la aceptó muy agradecidamente (http://www-atlas.usgs.gov/articles/people/a_race.htm 1). Saber si éstos son lo suficientemente claritos de piel para igualarse a los blancos puros de los Estados Unidos —y que no tienen ni dinga, ni mandinga— es cuestionable, pero lo importante es que su adhesión impresa en papel cuenta demográficamente a la hora de reclamar que todavía los blancos están en mayoría. Esto tiene un impacto mayor en el movimiento antirracista de los Estados Unidos pues son casi 48% menos los latinos acogidos por el aglutinador término “People of Color”. “People of Color” contrario al antipático término “persona de color” en Puerto Rico, es funcional a la lucha de liberación racial de los Estados Unidos. Aglutina a personas negras, latinas, nativo-americanas y asiáticas para propósitos de lucha y resistencia ante el esquema racial que se extiende a todos. Al casi 48% de los latinos declararse blancos se pierde en teoría un nutrido grupo de luchadores, y potencialmente se neutraliza el poder político unificado del movimiento antirracista. Curiosamente, los Latinos cumplieron la

proyección de que iban a ser mayoría en el 2000 y no en el 2010 según se había pronosticado. Lo cual produjo una reacción virulenta en algunos grupos supremacistas del sur que convocaron a sus huestes a defenderse de la invasión de los “brown aliens”.

El Censo 2000 en Puerto Rico en cierta forma es una extensión del proceso de ingeniería racial de los Estados Unidos. Este se impuso por mediación y colaboración de algunos políticos e instituciones coloniales en Puerto Rico sin consideración alguna a cuán apropiado era, o no, a nuestra realidad cultural y política. De hecho, el censo estaba tan en desfase con nuestra realidad de pueblo que incluso nos preguntó que tipo de calefacción utilizábamos. No importándole al parecer que el único sistema de calefacción que utilizamos en nuestro bendito archipiélago es el candente y radiante sol caribeño. Es de entenderse, sin embargo, que en un país colonizado como el nuestro haya sido relativamente fácil imponer el censo estadounidense, después de todo es una más en una larga lista de imposiciones a las que estamos acostumbrados. Muchas veces las imposiciones han venido hiladas a cuánto dinero el Gobierno de los Estados Unidos va a aportar a nuestro erario colonial y por supuesto, cuando se trata de dinero y de la repartición del bacalao, cualquier disonancia cultural puede ser obviada. El censo nos preguntó quienes éramos racialmente utilizando unas etiquetas raciales correspondientes a la realidad histórico racial de los Estados Unidos. Nuestro entendimiento racial como nación no fue ni documentado, ni

investigado, ni encuestado. Se asumió que incluso el esquema racial de los Estados Unidos era superior al esquema racial criollo, y que obviamente sus etiquetas raciales eran genéricas, benévolas y extensivas a nuestra realidad.

El resultado fue que un 80% de nuestra gente se declaró blanca sin ninguna mezcla, y sólo un 8% reclamaron ser sólo negros (Censo de Puerto Rico, <http://biblioteca.uprrp.edu/docymap/censosdisp.htm>). A muchos estos números les hicieron poner el grito en el cielo, pero para otros en nuestro movimiento, no fue sorpresa. Se anticipaba que a base de nuestro racismo criollo y de la larga dominación colonial, la imposición no podía sino producir estos atrofiados resultados. De acuerdo a este censo en Puerto Rico hay más blancos proporcionalmente que en casi cualquier estado de los Estados Unidos. Aunque esto es irrisorio, se podría argumentar, que al demostrarse nuestra supuesta pureza racial –o cuán blanco somos, empacharíamos menos el sistema político estadounidense a la hora de ser incorporados como territorio y eventualmente como estado de los Estados Unidos. El Dr. Víctor M. Rodríguez Domínguez verifica esta agenda política y profundiza en la discusión del tema en un artículo publicado en el semanario Claridad en el cual habla de la estrategia Rosellista y el rol del Censo 2000, asegurando que fue impuesto unilateralmente y, lo que es más trágico, obviando al comité interagencial que por años sopesaba las necesidades censales de la Isla (2000).

Aparte de preocuparnos que aspectos definitorios de nuestra identidad se legislen de forma velada en el cubículo de un partido político, estos resultados inquietan, sobretudo si se interpretan como negación a nuestra negritud y a todo lo que implica ser afro-descendientes. Se entiende, a base de nuestra situación colonial, que muchos prefirieran llamarse blancos, pues a fuerza de repetición, hemos integrado en nuestra psiquis la supuesta superioridad racial de los blancos y su visión de mundo, de ahí que nuestra cultura negra frecuentemente se reduzca a lo folklórico, a cosas del pasado o a cosas que dan risa. Medir el daño de este proceso de conquista estadounidense es imprescindible para nuestra supervivencia y autodeterminación. Tenemos poco menos de cinco años por delante para hacer las gestiones antirracistas necesarias para encarar el Censo 2010. Para empezar es necesario involucrarnos en diálogos y procesos colectivos sobre:

- las etiquetas raciales en Puerto Rico vs. las etiquetas raciales en EEUU y la historia que las justifica,
- el proceso histórico de blanqueamiento en los EEUU de grupos étnicos y la reproducción de esos patrones en Puerto Rico y su impacto en la identidad puertorriqueña
- procesos antirracistas comunitarios para enfrentar el racismo criollo y el impuesto por el modelo racial estadounidense,

- cómo contestar el Censo 2010 de forma que afirme nuestra identidad cultural caribeña,
- el desarrollo de alianzas y esfuerzos organizativos para dar dirección a la Junta de Planificación de Puerto Rico para incidir en los procesos que lleven al próximo censo, y en general,
- el desarrollo de alianzas antirracistas en Puerto Rico e internacionalmente.

Hilando el pensamiento y ya en conclusión, la cultura no es estática, cambia de día a día naturalmente de acuerdo a la necesidad natural de evolucionar. Sin embargo, debe cambiar para asegurar nuestro bienestar, no para diluirnos o clonarnos a imagen y semejanza de los EEUU. Puerto Rico tiene una hermosa cultura, una sazón divina gracias al legado cultural de nuestros ancestros. Estamos mezclados de una forma maravillosa pero no podemos obviar, rechazar, o negar el profundo legado que nos ofrecen nuestros ancestros negros. Tenemos virtudes, conferidas por ell@s, sofocándose en la agonía colonial, tantas que aún ni empezamos a reconocerlas. Este proceso de re-conocimiento envuelve el desarrollar una auto-estima e imagen saludable como pueblo y el concebir, que aún con toda nuestra mejor intención y compromiso, podamos ser nosotros mismos los mediadores, agentes y propagadores de la cultura dominante colonial. Conquistar nuestra óptica racial se convierte en la mejor metodología descolonizadora y el mejor homenaje a nuestros ancestros negros: a

la abuela, a dinga y a mandinga, a fulano y a sutana, y a todos los que forjaron nuestra nación.

Referencias

- Ani, Marimba (1994). *Yurugu: An African-Centered Critique of European Cultural Thought and Behavior*. New Jersey: Africa World Press, pp. 4-5.
- Bolivar, Natalia (1995). "El Legado Africano en Cuba".
<http://www.bib.uab.es/pub/papers/>
- Brodin, Karen (1996). *How the Jews Became White Folks and What that Says about Race in America*. Rutgers: University Press.
- Censo de Puerto Rico.
<http://biblioteca.uprrp.edu/docymap/censosdisp.htm>
- Gossett, Thomas F. (1997). *Race: The History of an Idea in America*. New York: Oxford University Press, p. 36.
- Guglielmo, Thomas A. (2003). *White on Arrival: Italians, Race, Color, and Power in Chicago, 1890–1945*. New York: Oxford University Press.
- Hayden, Tom (2001). *Irish on the Inside: In Search of the Soul of Irish America*. London: Verso.
- Higginbotham, A. Leon, Jr. (1978). *In the Matter of Color: Race and the American Legal Process: The Colonial Period*. Oxford: Oxford University Press.
- Ignatiev, Noel (1995). *How the Irish Became White*. New York: Routledge.

María I. Reinat Pumarejo

- Lourde, Audre ((1984). *Sister Outsider: Essays and Speeches*. New York: Crossing Press, p. 112
- Montagu, Ashley (1997). *Man's Most Dangerous Myth: The Fallacy of Race*. Walnut Creek, CA: AltaMira Press, p. 63.
- Rodríguez Domínguez, Victor M. (2000) "Censo 2000: Nación, raza y el discurso independentista" en dos partes en Claridad. San Juan, 7 al 13 de enero de 2000, pp. 14 y 31; 14 al 20 de enero de 2000, pp 14 y 31.
- Sued-Badillo (1989). *La Mujer Indígena y su Sociedad*. Editorial Cultural. pp. 57-69.
- US Bureau of the Census. Overview of race and Hispanic Origin.
http://www-atlas.usgs.gov/articles/people/a_race.html

María I. Reinat Pumarejo trabaja en el proyecto **ilé**. Para información sobre las campañas "**Don't be eRACEd by the Census**" en los EEUU y el programa **África en mi piel, África en mi ser** en Puerto Rico comuníquese con **ilé** al 787-671-4826 o 787-315-9435.
